



COMO MARÍA

XLV PREGÓN DE LA PATRONA
MANUEL MACHUCA



REAL E ILUSTRE
COLEGIO DE FARMACÉUTICOS
DE SEVILLA

*La vida no es ningún pasillo recto y fácil
que recorremos libres y sin obstáculos,
sino un laberinto de pasadizos,
en el que tenemos que buscar nuestro camino,
perdidos y confusos, detenidos,
de vez en cuando, por un callejón sin salida.*

*Pero, si tenemos fe, siempre se abre
una puerta ante nosotros;
quizá no sea la que imaginamos,
pero sí será, finalmente,
la que demuestre ser buena
para nosotros.*

He querido comenzar con este poema del médico y escritor escocés Archibald Joseph Cronin porque la gran tentación que me surgió cuando Jaime me lanzó el reto de pronunciar el pregón, fue la de hacer un ejercicio de memoria. De memoria de mi vida profesional como farmacéutico, y también como hijo de farmacéuticos que vivió la farmacia desde el vientre de su madre, que luego jugó en la puerta durante una niñez de guardias interminables, que repasaba pedidos escritos a mano con letras ilegibles; o que, a la salida del colegio, ayudaba a José Manuel, el chófer de HUFASA, en los repartos de medicamentos, recorriendo farmacias del centro como las de Joaquín Herrera en la calle Tetuán, la de Leonardo Gaviño en O'Donnell, la Farmacia Municipal del Mercado de Entradores o la de la calle San Vicente.

Sin embargo, no lo voy a hacer. Voy a atender el consejo del escritor jesuita Baltasar Gracián, en su muy recomendable libro *El arte de la prudencia*: «Nunca hablar de sí, porque es falta de cordura en quien habla y castigo para los que oyen», y no es mi intención castigarles. Pero tampoco lo haré porque, en el fondo, mi vida ha sido muy parecida a la de los que hoy estamos aquí. Por supuesto que tenemos vivencias diferentes, ambiciones, sueños, experiencias muy distintas, pero es más que probable que todos nos sintamos de una u otra forma identificados con los versos de Cronin. Porque, para quién de nosotros la vida no ha estado plagada de laberintos que un día nos confundieron y que quizás aún nos confundan; quién no ha sentido la desesperación de estar alguna vez ante un callejón sin salida; acaso alguno de nosotros no habrá percibido su naufragio y que, en su afán por salvarse haya intentado agarrarse a un salvavidas que luego resultó equivocado, o simplemente inservible. Y es que, como afirma el escritor Alejandro Díaz, se necesita naufragar para entender que no cualquier luz es un faro. Pero también, cuál de nosotros no ha logrado finalmente encontrar su propio faro, una luz que le ha permitido recorrer un camino de esperanza, probablemente inimaginable tiempo atrás, que le haya conducido al lugar en el que hoy está. Somos el reflejo de las luces que nos

iluminaron y de las sombras que atravesamos. Como expresa el poeta Alfredo Cuervo,

*Queda prohibido llorar sin aprender,
levantarte un día sin saber que hacer,
tener miedo a los recuerdos*

No, el viaje de la vida no es muy diferente, el verdadero viaje de descubrimiento, como dice Marcel Proust, no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos; y hacerlo, diría yo, en compañía. Y hoy quiero compartir mi mirada hacia la farmacia, la mirada que he construido a lo largo de mi propio viaje, un viaje conducido por la curiosidad y el asombro, en el que no he estado solo porque he tenido la fortuna de contar con inmejorables compañeras y compañeros en las personas que he conocido y de las que he aprendido, y de una familia, encarnada en Carmen y en nuestros hijos, Alfonso, Ignacio y Carmen, sin cuyo amor hoy sería incapaz de explicarme.

Hecho este necesario inciso, creo que hoy es un día importante para nuestra profesión. Es el día de nuestra patrona, la Inmaculada, y nos reunimos aquí muchas compañeras y compañeros a celebrarlo, de ahí que piense que es un buen momento para reflexionar en común sobre nuestro presente y nuestro futuro como colectivo, pero sin intención de enseñar nada a nadie, como afirma Sócrates, sin dar lecciones de nada, sino con la única idea de hacernos pensar. Pensar para ayudarnos a caminar; a caminar en compañía para afrontar los desafíos que nos permitan dirigirnos hacia un lugar mejor al servicio de la sociedad. En este momento quiero expresar mi acto de fe. De fe en mi profesión y en su capacidad de contribuir a la felicidad de nuestros semejantes. Quizá esto pueda parecer utópico, y haya quién se pregunte para qué sirve la utopía. El escritor uruguayo Eduardo Galeano hace tiempo que nos dio la respuesta: la utopía sirve para caminar. Como María, que después de aceptar la misión que le anunció el ángel Gabriel, y porque creyó, emprendió su camino hacia la montaña, en busca de su prima Isabel.

*Queda prohibido no sonreír a los problemas,
no luchar por lo que quieres.
abandonarlo todo por miedo,
no convertir en realidad tus sueños*

El dogma de la Inmaculada Concepción que los farmacéuticos defendimos y del que el próximo domingo se cumplen 170 años, es un dogma de la Iglesia Católica. Hay quien defiende que en un mundo tan plural y diverso en creencias, en un país consagrado a la libertad de culto, nuestra profesión debería conmemorar su día con el resto de los farmacéuticos del orbe, el 25 de septiembre, y no seré yo quien le quite la razón. Sin embargo, celebrarlo el día de la Inmaculada tiene también su razón de ser, su razón simbólica.

Al igual que la Virgen María en la vida de Jesús, los farmacéuticos desempeñamos un rol discreto pero fundamental en el ámbito de la salud. Recientemente, en la Universidad Loyola en la que ahora trabajo, en esa que ahora es mi puerta inimaginable a la que aludía Cronin y que un día, gracias a Carmen, atravesé para convertirme hoy en mi luz y mi faro, escuché a un médico jesuita hablar sobre un proyecto sanitario encomiable que están desarrollando en el Chad. Y mientras atendía a su conferencia, mi pensamiento voló 30 años atrás a la ciudad de Goma, en la República del Congo, cuando Carmen y yo, junto a otros farmacéuticos, diseñamos una farmacia y un proyecto de farmacia clínica para un campo de refugiados hutus de la guerra de Ruanda, y que fue el sostén de la acción de las ONG que atendían a aquellas decenas de miles de refugiados. Y es que, lo siento, pero no hay proyecto posible sin farmacia, no hay proyecto sin farmacéuticos, como, y perdonen si molesta a alguien el paralelismo, Dios no podría haber tenido proyecto sin María, esa figura de la que, como también le ocurre a la farmacia, todo el mundo cree saber, pero nadie conoce ni comprende. Solo Dios sabe, solo Dios supo, y por eso envió a su arcángel a anunciarse en su nombre. Y quizás también solo Dios sepa de lo que somos

capaces de hacer los farmacéuticos. Porque ni siquiera nosotros lo somos a la hora de valorar nuestras capacidades, de levantar los ojos y mirar sin miedo más allá de nuestras rutinas. Y no me refiero únicamente a la farmacia comunitaria, el patito feo de esta visión miope, como alguien podría suponer. Nadie es ajeno a esta cuestión, aunque haya quien no quiera mirarse en el espejo. Como en el poema de Borges a John Milton, otro poeta ciego como él, que buscaba su paraíso perdido:

No sé cuál es la cara que me mira
cuando miro la cara del espejo;
no sé qué anciano acecha en su reflejo
con silenciosa y ya cansada ira.

Lento en mi sombra, con la mano exploro
mis invisibles rasgos. Un destello
me alcanza. He vislumbrado tu cabello
que es de ceniza o es aún de oro.

Repito que he perdido solamente
la vana superficie de las cosas.
El consuelo es de Milton y es valiente,

pero pienso en las letras y en las rosas.
Pienso que si pudiera ver mi cara
sabría quién soy en esta tarde rara.

Aunque casi nunca estemos en el centro de la atención pública, como es el caso de los médicos, los farmacéuticos hemos contribuido y contribuimos cada día a consolidar y a sostener el sistema sanitario. Y no me refiero a un concepto tan *random* como sostenibilidad, sino a su sostén, a su soporte. Recuerdo en este momento al farmacéutico jienense Francisco Martínez Romero, mi primer maestro, que decía que los farmacéuticos debíamos de ser la piedra angular del sistema

sanitario, porque, si no, no se entendía que estudiásemos Geología.

Bromas aparte, nada consolida, nada sostiene una estructura sanitaria como la farmacia, aunque también nadie caiga en la cuenta de ello; ni siquiera nosotros mismos, que siempre hemos tenido un mal concepto sobre nuestra misión, inculcado desde tiempos estudiantiles, espero que ya superados, cuando en las aulas algunos profesores nos hacían sentir universitarios de tercera división.

Y así como María fue constante en su apoyo y disposición silenciosa, los farmacéuticos hemos ofrecido y ofrecemos un respaldo esencial a la atención sanitaria sin el que el sistema de salud perdería estabilidad y eficacia. Como María, que desde su "sí" en la Anunciación asume un rol de servicio y entrega a la misión de su hijo, nuestro papel también es de una importancia y un valor profundos para el bienestar de los demás, a pesar de que raramente se perciba o se conozca nuestra labor, sea cual sea el ámbito en el que la desarrollamos: en la comunidad, con farmacias en barrios y en pequeñas poblaciones, en las que el único profesional universitario con despacho al público es el farmacéutico, sostén emocional de los más humildes y frágiles de nuestra sociedad; en la atención primaria o en el hospital, con el compromiso de los nuestros en mejorar la calidad de la prescripción de manera firme y discreta, cuidando de que médicos y enfermeras puedan ejercer su labor de la mejor forma; y también en la investigación, gracias a la discreta labor de muchos compañeros y compañeras a los que se les oculta e invisibiliza bajo la denominación genérica de científicos.

Como María, nuestro papel discreto nos ha llevado a que no siempre se haya valorado nuestra contribución, a que tengamos que demostrar cada beneficio que aportamos, a sentir los prejuicios de quienes creen tener una idea de lo que significa ser o no farmacéutico, una profesión invisibilizada en su esencia y banalizada por quienes se creen que la esencia es la superficie. Y que, de la misma forma que la Virgen María ha sido relegada en

muchas religiones cristianas a un papel irrelevante por ignorado, los farmacéuticos aún necesitamos ser reconocidos, no con buenas palabras que se lleva el viento en actos públicos, sino por los hechos, por lo que aportamos y, sobre todo, por lo que podríamos aportar a la salud de las personas si nos lo permitieran y nos lo permitiésemos.

Porque es de esto de lo que me gustaría hablar y reflexionar en un momento como el de hoy, sobre lo que puede ofrecer nuestra profesión a la sociedad. Y lo quiero hacer desde lo colectivo, por la responsabilidad que toda profesión tiene ante la sociedad para contribuir a su bienestar. Pero también desde el privilegio de haber adquirido como farmacéuticos una formación que no todas las personas han podido alcanzar. Nosotros, todos, somos gente con suerte. Gente que ha podido finalizar unos estudios superiores, la mayoría, en una universidad pública sostenida como debe ser por las aportaciones de los ciudadanos que nos necesitan. Somos gente con una formación que no podemos quedarnos para nosotros mismos sino que debemos poner al servicio de quienes han contribuido a ello y esperan que les ofrezcamos lo mejor de nuestros conocimientos. Con el deseo de ser, como afirmaba el general jesuita Pedro Arrupe, hombres y mujeres para los demás, para, tal y como nos recuerda Ignacio de Loyola, en todo amar y servir.

Una profesión es eso, una responsabilidad hacia los demás, un poder que debe entregarse al servicio de las personas y que jamás debería servir para manipular al que no lo tiene.

Hace unos días, mis alumnos de la asignatura de Antropología de la Salud y yo salimos de clase conmovidos, impactados por el testimonio de una paciente que había accedido a ser entrevistada en directo. Una paciente diabética, no una persona con diabetes como ella detesta que la denominen. Diabética, trasplantada de páncreas y riñón; ciega, con amputaciones en los dedos de los pies. Ustedes tienen una gran responsabilidad, nos dijo a todos. Porque los pacientes nos ponemos en sus manos, aceptamos su

conocimiento; no lo cuestionamos, confiamos en ustedes. No nos fallen.

*Queda prohibido no intentar comprender
a las personas,
pensar que sus vidas valen menos que la tuya,
no saber que cada una tiene su camino y su dicha*

Por primera vez en su vida, estos estudiantes de segundo curso del Grado de Farmacia sintieron en sus carnes la responsabilidad de lo que significa ser farmacéuticos. A los diecinueve años, jóvenes de la llamada generación de cristal que tantas lecciones nos ha ofrecido estos días en Valencia, comenzaron a tomar conciencia de que una profesión es una enorme responsabilidad hacia los demás. Y que cuando esta profesión atiende uno de los aspectos más esenciales y vulnerables, la salud, la responsabilidad es aún mayor. Al igual que también puede ser grande algo tan miserable como la tentación de manipular a los pacientes, aprovechándonos de su fragilidad y de la confianza que depositan en nosotros.

Dar lo mejor de nosotros es la clave. Dar lo mejor y esperar que los que ejerzan cualquier otra profesión, por modesta que sea, nos entreguen también lo mejor de ellos es lo que da sentido a vivir en comunidad, llámese esta familia, profesión o patria. La consciencia de que los seres humanos somos frágiles en tanto individuos porque nos necesitamos unos a otros. Porque todos valemos y todos podemos ofrecer algo importante a los demás. Por eso cada vida que se pierde es también una pérdida para todos. Y por eso también la democracia, el supremo valor del todos aun en la diferencia, representa el mejor sistema de convivencia posible, porque es en el nosotros, en el todos, cuando se produce el mayor grado de bienestar: No es extraño, sino todo lo contrario, que a pesar de nuestros problemas y contradicciones, España haya alcanzado su mayor grado de

bienestar coincidiendo con su periodo más extenso de democracia.

Pero, nuestro sistema sanitario se encuentra en una encrucijada. Y no es solo nuestro sistema sanitario. La Dana que sufrió el pasado 29 de octubre sobre todo la Comunidad Valenciana, pero también Castilla la Mancha y Andalucía, la constante elevación de la temperatura del planeta, nos mostraron una vez más, pero ahora muy cerca, que estamos ante una crisis que cuestiona la forma de vivir que como especie hemos mantenido hasta ahora, y que el modo en el que hemos concebido el progreso ha llevado a límites insospechados. Las tibias medidas correctoras con las que pretendemos contrarrestar el cambio climático se ven arrastradas una y otra vez, como en una riada, por la inercia de nuestros hábitos y por el miedo a saber sus consecuencias, fundamento del negacionismo y abono para la intolerancia. Sequías, inundaciones, migraciones devastan un *modus vivendi* que solo somos capaces de defender levantando muros físicos y emocionales, impotentes para resistir la fuerza de los elementos, del hambre o de la desesperación, y ante lo que no nos queda otra opción que achicar agua y enterrar a los muertos. Unos muertos que ya no solo caen en desiertos ignotos, en guerras lejanas o en el mar Mediterráneo, sino que sucumben ya en nuestras calles y avenidas.

Nuestro sistema sanitario tampoco es ajeno al negacionismo, a las inercias de levantar muros, a tratar de seguir viviendo como siempre, en un mundo que ya solo existe en nuestra imaginación. Continúa funcionando como si nada hubiera cambiado, como si la estructura de una atención sanitaria como la actual, con alta prevalencia de enfermedades crónicas, fuera igual a la que respondía a una atención basada en el tratamiento de enfermedades agudas. Mantenemos el mismo sistema sanitario de hace décadas, centrado en un único profesional, con una visión exclusivamente biomédica de la enfermedad, en la que solo son importantes los signos y síntomas a diagnosticar, y que no tiene en cuenta la perspectiva del paciente. Un sistema con una

jerarquía piramidal, desde la base de una atención primaria al vértice que pueda simbolizar el servicio más especializado del hospital.

Y yo me pregunto y pregunto: ¿de verdad creemos que el problema de nuestro sistema sanitario es la falta de médicos o de enfermeras? Y hago esta pregunta en términos conceptuales de cómo debería estructurarse el sistema sanitario, sin dejar de mostrar mi solidaridad ante la precariedad y el agotamiento físico y mental de sus puestos de trabajo, ante el olvido desagradecido hacia esos colectivos que se dejaron la piel por toda la sociedad en momentos no tan lejanos como la pandemia. Y pregunto también sin dejar a un lado mi perplejidad ante el desmoronamiento progresivo de un sistema sanitario que ha costado tanto construir, fiel muestra de nuestra ilimitada capacidad autodestructiva.

El problema creo que no es tan simple. En un tiempo en el que las enfermedades son más complejas por la elevada prevalencia de la cronicidad, continuamos creyendo que la única diferencia entre el mundo de ayer y el de hoy es el número de pacientes atendidos por el envejecimiento poblacional; que la enfermedad continúa siendo en exclusiva una patología; y que a la patología le corresponde una terapia que el paciente debe asumir, siguiendo sin rechistar las instrucciones que se le ordenan, aunque ahora las tengamos que aderezar con unas gotas homeopáticas de persuasión mediante técnicas de empatía, esa palabra con tanta carga semántica de paternalismo.

No queremos ver que nuestro modelo sanitario ha quedado obsoleto salvo para la atención hospitalaria. Que la exclusiva aproximación biomédica hacia la enfermedad ya no sirve para la atención primaria, la que utiliza la inmensa mayoría de la población, y que conceptos como la medicina basada en la evidencia, la farmacia clínica, la adherencia terapéutica o la paternalista educación para la salud resultan insuficientes para cumplir la misión que consagra nuestra Constitución en su artículo 43, la de garantizar el derecho a la protección de la salud

de los ciudadanos. La garantía del derecho a la protección de la salud es algo dinámico, que evoluciona a la medida del progreso, y que el progreso es, entre otras cosas, resolver problemas antes irresolubles que, una vez se resuelven, dan indefectiblemente lugar a la aparición de otros nuevos que antes no existían. Así es el progreso, problemas que desaparecen y otros nuevos que afloran.

Una estructura anticuada, rígida y jerárquica como la que tenemos no puede dar respuesta a un modelo biopsicosocial tan complejo como el que actualmente representa la atención primaria, en la que el médico ha pasado de ser protagonista a víctima, al tener que asumir impotente cuestiones que se escapan a sus capacidades, y en la que el paciente ha dejado de ser objeto de nada o centro de nada, para estar al frente de todo, porque es el que finalmente toma la última decisión en relación a su salud sin que se le hayan dado las armas que necesita para ello.

Nuestro sistema sanitario, cada vez es más especializado y biomédico, goza de avances más precisos y resuelve problemas que antes ni siquiera soñábamos. Pero tiene una visión también cada vez más microscópica de la enfermedad y no ha comprendido todavía que esa visión es insuficiente para una atención primaria que precisa de una visión 360° y que no puede confiarse solo a un profesional de la salud. Y no solo a uno, ni siquiera a todos los profesionales de la salud, porque la salud de las personas no solo tiene que ver con los profesionales que la atienden. Determinantes sociales como la desigualdad, la pobreza o la educación, el clima, la calidad de la vivienda, erosionan la salud de las personas más frágiles y vulnerables. Hoy, al menos en Occidente, hemos logrado poner a raya las enfermedades infecciosas, pero padecemos otras enfermedades tanto o más contagiosas, las que se transmiten socialmente en un mundo cada vez más individualista y desigual.

La biomedicina tampoco ha comprendido el poder de las emociones, de los significados no científicos de las enfermedades para los pacientes. Todo esto ha carecido de importancia para

quienes nos reconocemos como profesionales de la salud del civilizado y garantista mundo occidental. Desde Hipócrates, que postuló que las enfermedades no tenían origen divino sino humano, la ciencia en Occidente, a diferencia de lo que ocurrió en otras civilizaciones, se olvidó de Dios y del espíritu de los hombres, y se obsesionó por recuperar mediante la ciencia, la inmortalidad perdida cuando la serpiente del paraíso nos hizo morder la manzana del árbol de la ciencia. Nos arrojaron del paraíso, envenenados por la ciencia y el deseo de vida eterna. Solo la ciencia, solo el saber, solo nosotros los profesionales de la salud, estaríamos autorizados para decir algo acerca de la enfermedad y de sus remedios. Y nuestras prácticas asistenciales se olvidaron de los aspectos más profundos del alma humana, de la vida, se alejaron de comprender las angustias, los temores y preocupaciones de las personas ante su enfermedad. Y dejamos nosotros de comprender que nuestras armas, nuestro conocimiento técnico, solo se puede poner al servicio de las personas si somos capaces de ayudarlas a hacerlo compatible con lo que quieren que sea su vida, con su familia, sus circunstancias, sus limitaciones, sus contradicciones, unas circunstancias, limitaciones y contradicciones que también nosotros albergamos, porque somos seres humanos como ellos. Diagnosticamos enfermedades, entregamos medicamentos, instruimos a personas de las que no sabemos nada. ¿Qué podemos esperar? Asumir la vulnerabilidad y la contradicción que compartimos es el único camino hacia la humanización. Se habla mucho de humanización de la salud y se está volviendo un concepto tan *random* como sostenibilidad porque lo estamos contaminando de paternalismo, caridad y tantas otras actitudes que nos impiden bajar de nuestro pedestal. Y humanización de la salud no es más, ni menos, que reconocer y aceptar la vulnerabilidad, la fragilidad y las contradicciones humanas en la relación terapéutica, y aceptar que es el conocimiento el que se pone al servicio de las personas y no al revés.

Nuestro sistema sanitario no solo se desangra por falta de médicos, incapaces de afrontar en solitario tamaño desafío. No

podemos ofrecer más biomedicina a un sistema acogotado por la biomedicina. Sus elevados costes, su sostenibilidad, depende de que como sociedad, todos juntos una vez más, seamos capaces de corregir la ineficiencia de su estructura, una estructura que precisa otra organización de sus servicios, más participativa, multidisciplinar y democrática, en la que más profesiones de la salud asuman responsabilidades, entre ellos nosotros, además de que nos comprometamos por luchar por un mundo cada vez más justo y equitativo, porque el otro es desgraciado y muy caro. A eso vino el hijo de María, ¿no? Esa fue la razón de que María Inmaculada aceptase el mandato de Dios.

Reorganizar el sistema es la única vía posible para cauterizar la sangría económica, que no está precisamente relacionada con el único aspecto que de forma reiterada se pretende tratar, el llamado gasto farmacéutico. Pretender arreglar en serio el sistema sanitario mediante recortes económicos relacionados con los medicamentos, no es sino tratar de detener una hemorragia con una tirita usada; es como pretender paliar el cambio climático con la recogida selectiva de los residuos. Un brindis al sol.

Y cómo podemos contribuir los farmacéuticos a la reorganización del sistema sanitario. Asumiendo nuevas responsabilidades, por supuesto. El farmacéutico que anida en mi cabeza podría ser tan determinante como lo ha sido la enfermería en el cambio de siglo, porque, si nos lo permiten, si nos comprometemos, podremos contribuir a paliar la epidemia farmacológica que nos asola en la era de la cronicidad.

Entiendo que pueda haber compañeros y compañeras que sean escépticos, pero todos deberíamos saber que formamos parte de la profesión más antigua del mundo. Somos descendientes de los chamanes, de los sacerdotes que interpretaban los designios de los dioses y preparaban los remedios para curar las enfermedades que ellos enviaban. Procedemos de una profesión sagrada cuyo origen se pierde en la nebulosa de los tiempos. Supimos ser chamanes, médicos, botánicos, boticarios, científicos

o farmacéuticos; trajimos la cura y el consuelo a la enfermedad desde Asia, Europa o América; creamos la industria farmacéutica en la revolución industrial siempre, desde tiempos inmemoriales, hemos sido capaces de atender las necesidades de las personas y de otros profesionales que necesitaban de lo que investigábamos y fabricábamos. Como la serpiente que guardaba el árbol de la ciencia, hemos mudado nuestra piel innumerables veces sin por ello perder nuestra esencia. ¿Qué o quién nos puede detener? Somos historia, presente y futuro. Allí donde hay una enfermedad siempre habrá un remedio. Y allí donde está el remedio, siempre habrá un farmacéutico.

El medicamento es, además, la herramienta más barata para tratar la enfermedad, y cuando no cumple el objetivo terapéutico se generan unos costes sanitarios y sociales infinitamente superiores a los que produjo en la factura farmacéutica. Me viene a la memoria un caso de hace muchos años, cuando un paciente con bradicardia le evitamos la implantación de un marcapasos simplemente proponiendo cambiar el medicamento de eliminación renal que la producía por otro similar, pero de eliminación biliar. Un aumento del gasto farmacéutico de apenas un euro al mes evitó la implantación de un dispositivo de más de siete mil.

Este no es un caso anecdótico. Hace treinta años ya se publicó que por cada dólar invertido en medicamentos el sistema sanitario debería pagar dos más para paliar el daño que producen. Como también se sabe desde hace veinte que por cada dólar que se invierte en farmacéuticos clínicos, el retorno de inversión para quien financia es de más de cuatro, gracias a la reducción de costes por ingresos hospitalarios, bajas laborales, reingresos, etc. Un negocio, por llamarlo así, que produce un beneficio de más de un cuatrocientos por ciento, quince veces más que la retribución que reciben los farmacéuticos por su trabajo actual. Y yo les pregunto a mis queridos compañeros farmacéuticos que se consideran empresarios: ¿Qué admirado empresario no se

interesaría por un negocio con tal margen de beneficio y sin necesidad de fabricarlo en un país del tercer mundo?

Los primeros interesados en que hubiera farmacéuticos clínicos deberían ser quienes administran nuestros impuestos para invertir en la protección de la salud. Una de las vías hemorrágicas de nuestro sistema sanitario es precisamente esta, el medicamento. Pero no por su coste como producto industrial, sino porque solo cuatro de cada diez medicamentos son efectivos y seguros, pero que con farmacéuticos clínicos, y esto también se sabe desde hace veinte años, esta cifra se doblaría, reduciendo de forma considerable la factura sanitaria y de prestaciones sociales, el verdadero gasto farmacéutico.

Esto significa que si nos lo permiten, los farmacéuticos, que deberíamos estar tan interesados como nuestros gestores en que esto se hiciera realidad, podemos contribuir de una forma extraordinaria a mejorar la eficiencia del sistema sanitario.

Pero, sin embargo, no es que no podamos realizar esta función, es que todavía ni siquiera podemos sustituir una forma farmacéutica, o si se consigue, se va a considerar una victoria política. Una profesión que ha debido pasar por una rigurosa y extensísima formación en farmacología o en tecnología farmacéutica, por no extenderme en citar muchas otras materias básicas o clínicas relacionadas con el medicamento y que copan nuestro itinerario formativo, continúa atada de pies y manos para poder contribuir a la salud de sus compatriotas. Porque la patria no es una bandera, sino, como dijo Cristina Fernández, la patria es el otro. O la declaración de hacienda, como afirmaba el padre de la escritora Elvira Lindo.

No entiendo cómo se nos anima a los farmacéuticos a demostrar lo que ya está más que demostrado; cómo se cree que debemos hacer méritos para acceder a la historia clínica de los pacientes, para aspirar a otro modelo retributivo tal y como existe en otros países de Europa; para ocupar otros puestos y responsabilidades en el sistema sanitario. El problema no es de los farmacéuticos; el problema es del país, de un sistema sanitario caduco y de

prestaciones sociales pagados con nuestros impuestos. Con un dinero que es de todos y que de nuevo parece que no es de nadie. ¿Quién tendría que estar llamando a quién para que estas actividades clínicas se realizaran?; ¿Quién podría legislar para garantizar que el medicamento es en verdad un instrumento para garantizar la protección a la salud y no uno de control social? ¿Por qué no miramos hacia adelante con orgullo y nos comprometemos a caminar según Galeano?

Que los farmacéuticos contribuyamos a mejorar el sistema sanitario no es una cuestión científica, sino política. La ciencia ha dado ya su respuesta hace mucho tiempo, lo que de verdad hace falta es la decisión política. La decisión política de quien tiene la responsabilidad de administrar el dinero de los impuestos de todos, que sin duda tiene una mejor forma de gestionarse; y también la decisión política de los dirigentes de nuestra profesión que más veces de la cuenta han estado obsesionados por poner palos en la rueda, por la caza de brujas y por mantenernos en un estatus de mediocridad, en lugar de contribuir a avanzar en este camino, sin perder el tiempo en maquillar y proteger un modelo farmacéutico de gestión de productos que debe ser también renovado para afrontar con profundidad y honestidad el cambio. Desde Europa, las nuevas directivas sobre educación farmacéutica apuestan por un farmacéutico asistencial, y esto indefectiblemente llevará también a otro modelo retributivo coherente con este desafío. Si nos quejamos de que la academia no ha dado respuestas a nuestras necesidades no podemos ahora mirar hacia otro lado.

Esto hace aún más importante y necesario hacer un examen de conciencia profesional. Muchos de nosotros pertenecemos a familias de varias generaciones de farmacéuticos. Yo estoy formando en este momento en la universidad a muchos de vuestros hijos, que sueñan con emular a sus padres, a sus abuelos, y ser farmacéuticos. Tenemos que ser honestos y pensar en el futuro que les queremos entregar. La cuestión es esa, en la profesión y en el cambio climático. El legado. Plantar semillas para

que los que nos sucedan disfruten de la sombra. Es hora de adelantarse al futuro y acompañarlo, mucho mejor que mirar hacia otro lado y que el futuro nos arrastre sin control cuando arrecie el diluvio.

Cambiar no es fácil para nadie. Como María, de la que el Evangelio de Lucas nos recuerda que conservaba tantas cosas buenas en su corazón, es hora de que saquemos todo lo bueno que llevamos dentro, el legado que recibimos de una profesión milenaria que siempre estuvo al lado de quienes la necesitaban. Ama, espera, cree.

Me viene en este momento el recuerdo del líder sudafricano Nelson Mandela, que tanto tuvo que sufrir antes de que lograra doblegar la segregación racial que en su país ejercía la minoría blanca. Mandela afirmaba que «todos los seres humanos, incluso los que parecen tener la sangre más fría, tienen un punto de decencia. Si les llegas al corazón, son capaces de cambiar». Por tanto, si algo tan dramático pudo tener solución, no busquemos enemigos o culpables como coartada para nuestra inacción. No precisamos nada de eso, como tampoco demostrar que tenemos razón. Lo que necesitamos es escuchar nuestro corazón y hacer como María, aceptar la misión encomendada y emprender el camino que nos lleve a cambiar la realidad en beneficio de la sociedad. La política no está para decir no, sino para decir sí. Quienes estéis en política, sea por los votos de los profesionales o de los ciudadanos, debéis ir de la mano para alcanzar una meta que es buena para todos los que comprenden nuestra razón de ser y existir.

No quiero banderas en mis balcones,

no quiero pulseras en mis brazos.

Para la patria que yo deseo,

me basta caminar a tu lado.

Y para cambiar alguien tiene que dar el primer paso, y me temo que lo vamos a tener que dar nosotros. Es cierto que en nuestra profesión se han hecho muchas cosas en los últimos años: proyectos, campañas, congresos, cursos, investigaciones. Desde la industrialización de la elaboración de medicamentos, la farmacia fue perdiendo carácter científico. En las últimas décadas ha habido una importante apuesta por la faceta asistencial, por conocer y creer que nuestra labor es importante para la salud de los pacientes. Hemos aprendido a hacer investigaciones en el ámbito asistencial y se han dado pasos para demostrar que lo que ya hacíamos tiene valor, sin explorar nuevos caminos que son en este momento muy necesarios. Por hacer un símil marino, hemos aprendido a navegar, pero no hemos sido capaces de alejarnos sin perder de vista la costa, la costa de nuestras certezas y que aplaca nuestros miedos, pero que no nos lleva muy lejos.

Hoy se trata de, como en tiempos de Cristóbal Colón, embarcarse en una carabela y atravesar el océano, superar el abismo insondable, desarmar a los defensores del terraplanismo profesional, que ha vuelto a ponerse de moda. Y para ello necesitamos un puñado de valientes. América no se descubrió por consenso, a la Luna no llegó una multitud sino solo tres astronautas. En ambos ejemplos hubo quien asumió los gastos como una inversión en el futuro con la ayuda de una tecnología que sustentase la posibilidad, y unos tipos capaces de jugarse el pellejo y asumir el riesgo de perecer en el intento ahogados en el mar desconocido o en el universo inabarcable. ¿Por qué no darle una oportunidad a los más arrojados y que ellos nos muestren el camino a transitar? Hay tecnología, hay textos científicos que demuestran que es posible y hay gente dispuesta a dejarse el pellejo en el camino. Y el beneficio puede ser enorme. En términos económicos, por supuesto, pero también en vidas humanas, en salud, en bienestar y en ese deseo ético de hacer el bien que anida en el corazón de la gente noble. Financiar un proyecto así solo es cuestión de voluntad, de permitir que afloren los buenos deseos que albergamos en nuestro corazón, de iniciar un camino que,

como el de Colón, hizo que América haya sido la Tierra Prometida para millones de personas a lo largo de estos más de cinco siglos.

En el día de nuestra patrona la Inmaculada Concepción quiero reivindicar para nosotros los farmacéuticos la figura de María: La de una María que recibió la buena noticia, aceptó la misión encomendada de ser instrumento de Dios para que pudiésemos conocer el mensaje de su Hijo, y que lo acompañó hasta su muerte en la cruz.

Hoy quiero reivindicar a mi profesión farmacéutica y a su mensaje. Como María, albergamos muchas enseñanzas buenas en nuestro corazón, la herencia recibida de siglos, la compasión construida en aldeas y barrios humildes junto a los más vulnerables. Como María en las bodas de Caná, somos gente sensible al sufrimiento de los demás y deseamos dar consuelo. Como María, caminamos. Y como en Caná, se ha acabado ya un vino antiguo, servido en tinajas de barro, y debemos ofrecer ahora un vino nuevo a la comunidad, un vino servido desde tinajas de piedra, que no contraen impurezas. Vienen tiempos nuevos también para la profesión farmacéutica, y hay que tener fe en el futuro. Porque el vino antiguo se acabó, ya no sirve, y el segundo vino que se ha reservado para los nuevos tiempos es de mucha más calidad y va a hacer feliz a más gente. Juntos somos capaces de continuar el legado, ser orgullosos herederos de una profesión sagrada. Dice Robert Louis Stevenson, magnífico escritor de viajes británico, que lo importante del viaje no era la meta sino el camino. Hay quien dice que lo mejor del viaje es la compañía.

Y quiero terminar mi pregón con una cita y con un plagio. La cita es del escritor y dramaturgo checo Václav Havel, último presidente de Checoslovaquia y primer presidente de la República Checa, metáfora también de un tiempo que muere y otro que surge:

«La esperanza no es la convicción de que las cosas saldrán bien, sino la certidumbre de que algo tiene sentido sin importar su resultado final».

Y el plagio es a Pedro Arrupe, al que tomo su frase dedicada a los jesuitas y cambio la cita a su orden religiosa por la nuestra:

No tengo miedo al nuevo mundo que surge. Temo más bien el que los farmacéuticos tengan poco o nada que ofrecer a este mundo. Poco que decir o hacer, que pueda justificar nuestra existencia como farmacéuticos. Me espanta que podamos dar respuesta de ayer a los problemas de mañana. No pretendemos defender nuestras equivocaciones, pero tampoco cometer la mayor de todas: la de esperar con los brazos cruzados y no hacer nada por miedo a equivocarnos.

Mantengamos la esperanza como el motor de nuestro futuro y, como María, caminemos sin miedo. Muchas gracias por su atención.